



Volver a Carmiña

Por Juan Cruz

Su hija la llamaba Calila; su amigo Borau, La Gaitera, y ella era Carmiña. Secreta para lo suyo, la amistad, la lealtad: ésas fueron sus palabras. Las novelas de Carmen Martín Gaité escritas hasta 1978 inician sus Obras Completas.



Murió el 23 de julio de 2000; dejó una gran literatura, y la sensación de que siempre estaba alerta, alegre. Su presencia en la Feria del Libro, que era para ella "mejor que la Navidad", era la de una mujer vivaracha, tocada con una gorrita, feliz. Cuando estaba triste sólo lo sabía ella. Cantaba en las cantinas e incluso en los coloquios, cantaba siempre; discutía hasta el amanecer para terminar diciendo: "¿Sabes? Tienes razón".

Siempre estuvo rodeada de amigos. Pero cuando quería estar sola, "era como un cofre, costaba encontrarle la llave", como dice José Teruel, el compilador de sus Obras Completas (siete tomos, en Círculo de Lectores, el primero ya está en la calle). Secreta para lo suyo, incluso para su hermana Ana María, que fue su mejor amiga. La amistad, la lealtad: ésas fueron sus palabras.

Juby Bustamante, periodista, subraya esa palabra, lealtad, como su metáfora. "Lealtad a la casa: murió La Torci [en 1985, a los 31 años], le dijimos que dejara la casa donde vivieron ambas, había muchos recuerdos. Era su casa, quiso seguir en ella. Destituyeron a Miguel Ángel

[Aguilar, esposo de Juby] de la dirección de *Diario 16*, en 1980, y ella dimitió como nuestra crítica literaria. Fue fiel a su primer editor, Vergés, y eso la mantuvo en Destino, hasta que la editorial pasó a otras manos y ella se fue con Heralde a Anagrama".

Nació en Salamanca, en 1925. Su gente fue Rafael Sánchez Ferlosio (del matrimonio de ambos, iniciado en 1953, roto en 1970, nació Marta, *La Torci*), Aldecoa (Ignacio, Josefina), Jesús Fernández Santos, Juan Benet..., aquella generación... A mediados de los noventa habló en la Fundación March sobre la gente de su tiempo, y de ahí surgió un libro, *Sentadito en la ventana esperando el porvenir*; ahí cantó esa copla: "Sentadito en la ventana esperando el porvenir, y el porvenir que no llega".

Trabajaba en los cafés o en el Ateneo, escribiendo como una forzada con su letra invariable... Su amigo Ignacio Álvarez Vara conoció esa letra: la de 1945 era igual que la de 1995, "como si siempre hubiera tenido la misma edad".

Su editor Jorge Heralde recuerda cuando ella obtuvo aquel éxito con *Nubosidad variable*, que la convirtió "en la reina de la feria". Vivieron (ella, Josefina, Ana María Matute...) a la sombra de los hombres, pero al fin salieron de la penumbra, y ese libro, igual que su ensayo *Usos amorosos de la posguerra*, hizo que Carmiña rompiera la barrera y se situara con su propia voz no sólo en las estanterías sino de las listas de los libros más vendidos...

Ella se sorprendió del éxito. Un día iba con Ana María, por Gran Vía, paseando. "Ana María, ¿me notas algo raro?". "No, nada, Carmiña". "Es que la gente me mira". "¡Y cómo no te van a mirar, si eres una mujer conocida!". "¿Conocida? ¿Conocida en la Gran Vía?".

Era, dice Ana María, "infantil pero profunda; disfrutaba tanto de la vida. Me llamaba de pronto y me decía: '¿Quieres ir al Parque del Oeste?', y allí íbamos, a subirnos al funicular". Ese carácter, infantil, pero independiente, venía de su madre, una mujer reservada. "Había un hilo que la unía a mi madre. A veces mi madre la veía reír, y aun así, cuando Carmiña se iba nos decía: 'Hoy Carmiña está triste'. Eran iguales... Vivíamos juntas en la Casa del Boalo [en la sierra de Madrid] y hasta los últimos tiempos de su enfermedad ella vivía arriba y yo abajo, y le gustaba despedirse: '¡Hasta mañana, vecina!'

"Nunca se le podía conocer del todo", y lo dice su hermana. Mary Cruz Seoane, profesora, amiga suya desde 1963, la recuerda "divertida, con grandes dotes de actriz". Y Heralde y Borau también la recuerdan como una actriz, buscando siempre el plano adecuado, actuando; en España, en el extranjero, en los actos solemnes, y en los menos solemnes. Hasta el final.

Seoane recuerda que, en junio de 2000, pocas semanas antes de morir, Carmiña le gastó una buena broma al alcalde de Madrid, José María Álvarez del Manzano, cuyo partido, el PP, arremetía entonces contra las parejas de hecho. En el estrado, donde recibía la medalla de oro de la ciudad, le espetó Carmiña al alcalde: "¡Búscame una buena pareja de hecho!".

Actriz. Y cantante. Cantó con Chicho Sánchez Ferlosio en La Manuela, y cantó con su hermana y con todos los que se lo pidieran. Se subió al escenario con su amigo Amancio Prada. Él lo cuenta: "Le entusiasmaba la idea de pisar el escenario... Fuimos a Cornejo, escogimos un traje tradicional gallego, de terciopelo negro... Concebimos su presencia en escena no tanto como



Tertulias Literarias

cantante, aunque alguna copla cantaba, sino más bien como esa referencia a la mujer tan presente en la mayoría de las coplas escogidas para el recital". El recital se llamó *Caravel de caraveles*, y fue disco también.

Borau la hizo actriz, en *Celia*, "ella estaba empeñada"; hicieron juntos el guión y el cineasta le dio el papel de Sor Gaitera; "habló con unas monjas de Salamanca y se trajo las letras de las canciones que interpretaban las monjas en la serie...".

Ésa era la Carmiña pública, la feliz Carmiña de las ferias. Cuando se quedaba sola, o triste, se recluía, no la veía ni su hermana Ana María. "Decía que le dolía la cabeza, no estaba para nadie". Cuando murió La Torci, Carmiña sufrió un martillazo horrible; atenuó el golpe la escritura incesante. Jacobo Siruela la conoció poco después de ese tremendo mazazo de la vida. Ella había ido a Nueva York; enseñó en Estados Unidos, entonó el ánimo, y escribió *Caperucita en Manhattan*, con el que Siruela inició su serie Las Tres Edades. "Increíble que con esa herida fuera capaz de escribir ese libro luminoso, lleno de humor". "La vida se impuso", dice Ana María, "y Carmiña se agarró a la vida".

Era "muy madre", dice Álvarez Vara, preocupada por el porvenir de La Torci; está en sus libros, en sus cuentos y en sus manuscritos, y está en el semblante de la Carmiña posterior a ese acontecimiento central de su vida. "La Torci era como una Peter Pan juvenil, siempre nos pareció que tenía veinte o veintidós años...". La salvó a Carmiña de ese dolor, cree Álvarez Vara, como Herralde, "la disciplina; en su bolso había un peine, un cuaderno y un bolígrafo". Su escritorio volante, su refugio.

Marta murió en 1985, "y mi marido, Daniel Sueiro", cuenta Seoane, "murió un año más tarde"; "pues Carmiña fue la que me ayudó, nos ayudamos mutuamente a sobrellevar con energía el dolor de las dos". "Tuvo arrestos", dice Borau. "Era lista, cómica. Y a todos nos asombró con esa nueva energía, con la que abordó *Caperucita* y todo lo que escribió después".

Su arma fue la voluntad. Una vez, recuerda Borau, decidió dejar de fumar, ella que agotaba tres paquetes diarios. "Lo decidió hoy, y ya no fumó nunca ni uno más".

Voluntad hasta el fin. No quiso que trasluciera la gravedad de su estado. Herralde la vio en la feria, en junio; pidió ir media jornada; "aquello fue alarmante", pero ella no dijo nada. Tres semanas antes de fallecer ayudó a Ana María a agasajar a Borau con una comida en El Boalo. "Le llevé fresas, adoraba las fresas; se levantó a servir".



Tenía, dice Teruel, "el aire de una persona muy abierta, pero era abierta pero con un cierre; se esforzó por ser entendida por la gente de la generación de su hija, como yo, y eso convierte su obra en un instrumento fundamental para conocer la historia, porque sin ella no se puede ni recordar ni olvidar lo que sucedió".

Fue una aguda lectora, muy generosa. Herralde recuerda que durante años fue consulesa de Anagrama en Madrid, "y descubrió los primeros manuscritos de Belén Gopegui y de Rafael Chirbes". De Belén Gopegui es esta frase que cita el propio Herralde: "Carmen Martín Gaité dijo que no a muchas cosas. Lo dijo con discreción, y hay quien piensa que la discreción está reñida con las boinas de colores, pero no es cierto".

Antonio Martínez Sarrión la recuerda diciendo en la radio, en 1956, cuando recibió el Nadal por *Entre visillos*: "Y ahora voy a brindar bebiéndome una botella de vino. ¡Imagínate eso en aquellos años, una mujer diciendo que se iba a emborrachar! Eso me hizo adorarla". "La escuché cantar coplas, veraneé con ella en Corcubión, vimos apariciones celtas imposibles, y un día, en París, pegó un grito. ¡Creía que una señorita que surgía de una esquina era la protagonista ficticia de *Caperucita en Manhattan*!".

Salía a la calle para llevarse a la casa los asuntos de sus libros. Y la realidad le regaló una imaginación invencible. Hasta que la muerte se la llevó, aún agarrándose a la vida.

A manera de subversión: Carmen Martín Gaité Los años sesenta y setenta: feminismo y psicoanálisis Por Mercedes Carbayo Abengózar

Los años sesenta llegaron a una España expectante de cambios y ciertamente más complicada que la de los años anteriores. Para empezar, empiezan a darse distintos discursos: frente al monolítico del franquismo, aparecen voces que van a empezar a desestabilizar las conciencias. Junto a los movimientos obreros, las protestas y las huelgas, la nueva política económica trae mejoras que repercuten en la vida de los españoles. Empiezan a oírse voces feministas de la boca de Lidia Falcón o Carmen Alcalde que generaron una visión distinta de la justicia social y sexual. Sin embargo todo esto llega a una sociedad donde aún siguen vigentes las leyes y normas impuestas en la posguerra. Es cuando aparece lo que Martín Gaité ha llamado 'la mujer liberada', aquella que habla de libertad continuamente pero que no ha podido conseguir cambios profundos en su situación; así

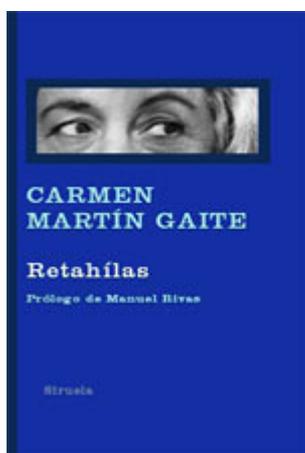
GRUPO B



Tertulias Literarias

que lo único que puede cambiar es la apariencia, o como afirma María Aurelia Capmany: 'se puede llevar minifalda y conservar la mentalidad de las mujeres de los hermanos Quintero' (1970: 100). Se trata de mujeres, en suma, que viven la neurosis que provocan dos discursos opuestos, el de la inferioridad junto al de la excelencia, es decir, el de la debilidad de la mujer que ha de ser tutelada por el varón frente al de la excelencia de ser madre abnegada, intuitiva y garante y reserva de la moral de la humanidad.

El estudio de esta neurosis trajo consigo un profundo interés por el psicoanálisis a la vez que los movimientos feministas ponían los ojos en él porque estas dos teorías tienen puntos en común: ambas sustituyeron los paradigmas existentes por otros y transformaron la forma en que el ser humano se ve a sí mismo. Ambas han incidido quizás mucho más que otras en la historia y la sociedad. Ambas se basan en la diferencia de los sexos y, si bien esta diferencia está presente en todos los aspectos de la vida, lo que hicieron tanto el feminismo como el psicoanálisis fue trasladar el problema desde la concepción de la mujer, la feminidad o la sexualidad, hacia el problema de la diferencia misma en la que se constituyen los dos sujetos distintos (Flax 1995: 7- 41). Pero es en el ambiente cultural de mayo del sesenta y ocho cuando surgen los primeros grupos feministas que van a considerar el subconsciente como una forma de adentrarse en lo personal y analizar la opresión de la mujer en la sociedad machista. Este feminismo se opondrá al existencialismo de De Beauvoir en el sentido de que ésta hacía hincapié en la igualdad y el nuevo feminismo lo hace en la diferencia.



En 1974 después de un silencio narrativo de doce años, Martín Gaité publica *Retahílas*. La novela está estructurada en torno a un diálogo formado por dos monólogos encadenados. Durante una noche de vela, mientras esperan que la muerte se lleve a la abuela, tía y sobrino, Eulalia y Germán dan rienda suelta a sus recuerdos y confrontan sus respectivos roles, trascendiendo lo individual y expresando su deseo de re-escribirse. Eulalia es una mujer madura que se enfrenta a la pérdida de juventud y forzada por la inminente muerte de la abuela, vuelve a la casa de su niñez y recuerda para Germán lo que ha sido su vida, sus elecciones y cómo su educación la llevó a representar ciertos roles que ahora siente opresivos. Revisa los roles de las dos mujeres que presidieron su vida. Una de ellas, Adriana, es la protagonista de una novela rosa que leía a oscuras en su habitación de adolescente. Leer las aventuras de Adriana suponía una trasgresión al pertenecer al mundo rosa tan criticado por la Iglesia y la Sección Femenina y tan opuesta a la otra imagen promovida por ellos, la de la Virgen María, cuya presencia en la capilla familiar presidió su infancia. La otra mujer, Madame de Merteuil, heroína de la novela de Laclos, *Les liaisons dangereuses*, representa la nueva imagen emergente del feminismo de los años sesenta: 'Hice mi catecismo de aquel libro y de allí en adelante la señora Merteuil, cínica, descreída, artífice de su propio destino, destronó a las mujeres de la raza de Adriana, palpitantes de amor, luchando entre el deseo y el raciocinio' (p. 148).

Pero Eulalia pronto se da cuenta de que si el discurso del catolicismo sólo reconocía a la mujer como persona en la maternidad, el del feminismo de los sesenta acababa por utilizar la misma maternidad para des-personalizar a la mujer. Le cuenta a Germán que su madre, una mujer que, en apariencia había aceptado su papel de esposa y madre sin cuestionarlo y de la que él tiene avidez de saber, le dijo un día a Eulalia que se podría inventar algo distinto de lo que veían a su alrededor, y eso era lo apasionante, una forma de ser madre que no tuviera por qué excluir la de seguir siendo persona (p. 146). Una nueva forma de feminismo, en suma.

Una vez más la subversiva autora pone en boca de su personaje lo que quiere decir, y es que, así como el discurso del primer franquismo había relegado a la mujer a espacios interiores, al mundo de lo doméstico y a mirar ese mundo desde detrás de un visillo, el discurso que vino de la mano del feminismo de los sesenta, del feminismo de la igualdad, entendido como ideología política y como lucha feminista en términos de lucha de clases, no había liberado a la mujer de su papel de estereotipo, como muestra la vida de Eulalia representada literariamente por Madame de Merteuil sino que la había convertido en un ser 'liante y antipático' (p. 148).

Esta crítica abierta feminismo le valió ahora la crítica de las feministas que, en el número 22 de la revista *Vindicación feminista*, publicado en 1978, dicen de la autora: 'La larga historia de la represión está plagada de esquirolas y esquirolas' (p. 54). De la misma manera que antes había sido criticada por atreverse a perfilar un carácter masculino, el de Pablo Kélin, desde un punto de vista exclusivamente femenino y por tanto: 'adolece de una cierta e idealizada falsedad' (Vilanova 1958: 41) y el de David en *Ritmo lento* (1962), cuya descripción le produce a Vázquez Zamora: 'Una impresión menos viva y real que aquellas obras en que la protagonista adopta el procedimiento más directo y hondo para poner ante nuestros ojos y nuestra sensibilidad una mujer de ficción' (1963: 33), es criticada ahora, diez años después, por un nuevo discurso tan inflexible a sus ojos como el anterior, el del feminismo de la igualdad promovido por mujeres como Falcón o Alcalde.

En *Retahílas*, también Germán revisa el papel que le obligaron a representar de pequeño y es precisamente el de una opresiva virilidad que le incapacitó para expresar sus miedos y sentimientos más profundos, lo que convierte a la novela en una revisión de ambos roles sexuales en su intención de demostrar que encasillar a las personas de cualquiera de los dos sexos en etiquetas genéricas, las convierten en seres polarizados y alienados.

GRUPO B

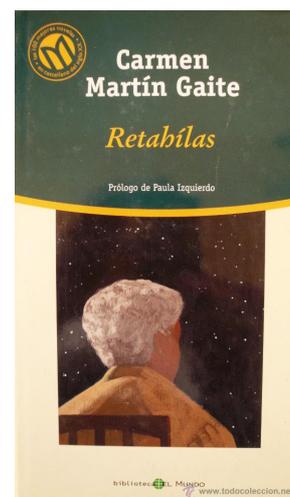


Tertulias Literarias

Retahílas, además de una novela subversiva desde el punto de vista de crítica a uno de los discursos dominantes del momento, el del feminismo de la igualdad en el sentido que le hemos dado, lo es también desde la forma de presentarla, a través de un texto escrito y estructurado que por otra parte reivindica la oralidad y el hablar desordenado. Retahíla no es más que 'serie de muchas cosas, perorata, monserga, rollo', una manera de hablar que la propia autora reconoce como femenina en su libro *Agua pasada*: 'ese tono de estallido o desahogo tan inherente al discurso femenino, condicionado desde tiempo inmemorial -al menos en España- por el poco caso que han hecho los hombres a la conversación de las mujeres, lo cual ha redoblado en ella la necesidad convulsiva de hablar sin mirar a quien' (1993: 389). De esta manera la autora está de nuevo reivindicando y elevando a la categoría de literaria, como hizo con los diarios de amor y las cartas en *Entre visillos*, una forma de hablar femenina que ha sido siempre denostada y criticada como caótica e intrascendente pero que ella ha dejado de sentirla como inferior. Tal vez por eso hace afirmaciones como: 'El feminismo me aburre más que una misa' (citado en la misma revista y provocador de la crítica anterior) porque para ella, ese feminismo se ha convertido en un discurso tan inflexible y jerarquizado como el anterior del franquismo..

Seguendo el consejo de su amiga de juventud, la madre de Germán, en los años siguientes va a intentar inventarse algo nuevo, algo que supere la intransigencia de los dos discursos que presidieron las vidas de muchas mujeres españolas. Tendremos que esperar para ello a los años ochenta, porque antes necesita todavía desembarazarse de sus últimos demonios, lo que conseguirá en su siguiente novela, *El cuarto de atrás*.

Estos demonios los identifica la protagonista de esta novela, con la que la autora se ha identificado, como deseos de superar miedos antiguos, miedos culturales franquistas: el miedo al desorden y a la suciedad, el miedo a las cucarachas como representantes de ese desorden, el miedo a fugarse y a dejarse llevar por la pasión de una novela rosa. En este libro, la autora admite que la literatura ha sido siempre para ella una refugio, una manera de fugarse: 'como tampoco me atrevería a fugarme a la luz del sol, lo sabía, me escaparía por los vericuetos secretos y sombríos de la imaginación, por la espiral de los sueños, por dentro, sin armar escándalo ni derribar paredes, lo sabía, cada cual ha nacido para una cosa' (p. 126). De nuevo la idea a la que nos referíamos al principio de este trabajo, la mujer modosa que ha apredido a subvertir mediante su único refugio: la literatura.



Con esta novela la protagonista vive su novela rosa particular, con un personaje literario y fantástico presentado como un psicoanalista/hombre atípico, el hombre de negro, de voz tranquila, de dulzura turbadora, de pelo y ojos muy negros. Un entrevistador que se presenta en una noche de tormenta e insomnio (¿producto de un sueño?) en casa de la protagonista, sin grabadora y sin cuaderno de notas, con unas pastillas de colores cuya función es la de desordenar la memoria para que los recuerdos vayan apareciendo de esa forma tan caótica y femenina que tanto le gusta y así trasladarla a ese también caótico cuarto de atrás que todos llevamos dentro y que nos afanamos en ordenar. Este personaje es utilizado por la autora como herramienta para conocer a la protagonista y no al contrario como solía ocurrir en las novelas rosas de los años cincuenta en las que la mujer era la receptora de secretos y confidencias y no el hombre como sucede aquí (Roger 1986: 125). Con esta novela y de la mano de un interlocutor/hombre ideal, la autora se enfrenta a sus miedos literarios también, atreviéndose a escribir una novela fantástica que ya había intentado en los años cincuenta con *El balneario* pero, como le dice su interlocutor: 'La segunda parte, la que empieza con el despertar y sigue con la descripción realista del balneario, lo echa todo a perder. Es fruto del miedo, perdió usted el camino de los sueños' (p. 55). *El cuarto de atrás*, sin embargo es un libro fantástico donde la autora pierde sus últimos miedos. Es un reencuentro de una mujer que ha vivido escindida entre discursos, jerarquías y oposiciones excluyentes que clama por ser ella misma, y, una vez superados sus demonios, escribir desde dentro, desde su imaginación femenina.

Carmen Martín Gaité, la literatura como sentido

Se cumplen diez años de la muerte de la escritora salmantina Carmen Martín Gaité, como ella misma dijo "Constato que le gusto a bastante gente. No me ven como una escritora que haya tirado la toalla, una escritora consagrada". Por eso repasamos su obra y su figura.

Por Carlos Velasco

Cumplidos los diez años de la desaparición de Carmen Martín Gaité, el amante de la literatura constata que, en vez de ir cubriéndose con los sedimentos del tiempo, su obra se nos brinda con nuevos repliegues, se abre a nuevos significantes y adquiere rasgos de modernidad que, en algunos casos, nos permiten hablar de una visión casi premonitrice sobre temas que hoy nos parecen de actualidad. En esta renovada percepción, ha sido decisiva la edición póstuma de los *Cuadernos de todo*, un conjunto de notas que la escritora fue tomando durante años y que mezclan **reflexiones íntimas, comentarios de lecturas,**

GRUPO B



Tertulias Literarias

apuntes de vivencias, o textos de creación que le servían como materiales para sus novelas, y que nos revelan a un personaje riguroso, exigente, en lucha consigo mismo, al tiempo que sacan a la luz el frondoso bosque de referentes sobre el que se levanta una obra literaria que algunos se empeñaban en calificar como menor, confundiendo el pudor de su punto de vista con la limitación de sus aspiraciones.

La verdad es que la Gaité no ha tenido fácil encontrar el lugar que merece en las historias de la literatura: única mujer en el grupo que conocemos como la Generación de los '50, y que incluye nombres como Aldecoa, Hortelano, Sánchez Ferlosio, Martín Santos o Benet, se ha dado por supuesto que eran ellos quienes representaban la solidez del andamiaje teórico o del compromiso social, mientras que a la escritora **se le ha fijado el papel de contrapunto blandamente femenino**, intimista, ajeno a los avatares de su tiempo, olvidando que novelas como *El cuarto de atrás* o *Retahílas* suponen una denuncia acerada de la grisura del franquismo, y –lo que las dota aún de más valor– una lúcida premonición de que a esa sociedad iba a sucederle otra trivial y falta de sustancia, la que hoy vivimos.

Su rabiosa lucha por mantener la independencia de escuelas literarias y de los grupos políticos, y su capacidad para administrar la rabia guardando silencio cuando se le exigía hablar, o hablando a contrapelo, la colocaron en **una posición de incómoda clasificación**, que los historiadores de la literatura resolvían con el tópico de que se trataba de una literatura femenina, en la frontera del folletín. Pero, antes de la edición de estos cuadernos, y más allá de sus novelas, el fuste intelectual de la Gaité resultaba evidente para quienes siguieran con atención su trayectoria: se manifestaba en libros como *El cuento de nunca acabar*, uno de los más bellos textos escritos en castellano sobre el significado de la escritura; en ensayos como *Desde la ventana*, brillante análisis de **la relación entre mujer y literatura**; o en sus trabajos sobre Macanaz, o sobre los usos amorosos en diversos momentos de la historia española; así como en las magníficas críticas de libros en *Diario 16*, que la convirtieron en mentora del gusto para buena parte de los componentes de mi generación; por no hablar de sus poemas, de sus tímidas incursiones en el teatro, o de su larga lista de traducciones que incluyen a Emily Brönte, Natalia Guinzburg, Primo Levi, o Italo Svevo.

Hoy podemos asegurar que, como pocos autores en nuestra literatura contemporánea, la Gaité representa ese concepto moderno de artista expresado por Proust, según el cual **la escritura es algo más consistente que una pasión**: es acto que da sentido y ordena el oficio de vivir.

Entrevista con Carmen Martín Gaité

Por Emma Martinell *Universidad de Barcelona*

Tus lectores saben que prefieres escribir a mano, en pluma estilográfica, porque te reconoces en una letra regular, que te parece bonita y que no ha cambiado a lo largo de los años —lo hemos visto en los manuscritos reproducidos en *Al encuentro de Carmen Martín Gaité*—. Sin embargo, has vivido el auge de la máquina de escribir y, más recientemente, del ordenador personal. ¿Cómo has vivido estas etapas, si es que pueden llamarse así? ¿Has cambiado de útil de escribir?

Soy persona abierta a lo que va ocurriendo en el mundo. No me cierro en banda a las cosas nuevas; no soy tan necia que no reconozca su utilidad. Ahora bien, a mi edad, ya no voy a aprenderlo, a utilizar el ordenador, la Web... Si alguien trabaja con ese sistema, y puedo ayudarlo, lo hago. Pero me sentiría triste si tuviera que escribir directamente ante una pantalla. Como medio de difusión de la cultura, que llega a muchos y con rapidez, lo veo muy bien. Por ejemplo, que ahora dediquéis un número de una revista electrónica a mi obra. Siempre ha habido una primera vez, en ponerse al teléfono y hablar, o en montarse a un avión. Yo me muevo en el mundo y, claro, evoluciono. No me faltan la curiosidad ni la amplitud de miras; edad de aprender, en cambio, no la tengo ya. Te diré: he pasado horas, hace pocos meses, en la Biblioteca de Washington, y los amigos me mostraron, en la pantalla, una lista de trabajos sobre mi obra. Reconozco que es una grandísima ayuda, y la agradezco en la medida en que prueba que hay interés por mi obra, y en tantos lugares. Me quita años de encima, alienta mi talante curioso y activo.

Las recopilaciones de bibliografía que venimos publicando te han confirmado lo mucho que se trabaja sobre tu obra. Has sido traducida a otras lenguas, y tienes, a muchos kilómetros, un público constante que te lee en traducciones o en español; además, muchos críticos investigan sobre tus trabajos en diversos países. Cuéntame algo de lo que sientes ante todo ello.

Sí, te refieres al alcance internacional de un autor. Siempre que he tenido una traducción —labor de buenos traductores, desde luego—, he experimentado una gran satisfacción. Pero, mira, quizá no tanta como al saber que soy leída en mi lengua. Yo misma he sido traductora y sé que algo se pierde en el camino. Yo utilizo mucho un lenguaje coloquial; mis textos tienen un humor verbal que quizá pierde algo de su fuerza al ser traducido. He hablado de ello con colegas a los que les entusiasma que se les traduzca; a mí, me gusta, pero prefiero que se me lea en español. Tengo una sensación cercana de las cosas; por ello prefiero lo cercano conocido a lo lejano por conocer. Cuando estoy fuera, si no paso más de quince días en un sitio, no llego a cogerle el aire. He estado en América muchas veces, pero he escrito poco de América, porque creo que para hablar de las cosas tienes que haber alcanzado la sabiduría que da el contacto cotidiano. En América, empezando con la labor crítica de la prof. Joan Lipman Brown, se



Tertulias Literarias

me ha estudiado mucho. El texto *From Fiction to Metafiction [...]*, con los trabajos de R. Gullón y de G. Sobejano, entre otros, representó el inicio, de España, de una valoración diferente de Carmen Martín Gaité.

Sabes que la naturalidad me acerca a las gentes de otros países, que no me causan extrañeza. Pero, por lo que respecta a la internacionalización, no me doy más importancia que la que reconozco a un profesional de otro campo. Quiero hacer bien lo que hago, y agradezco como un don el poder hacerlo y que, luego, me lean desde tantos lugares, y que investiguen en mi trabajo desde tan lejos.



Carmen, ganaste el Premio Nadal en 1958, y estamos en 1998. Son cuarenta años los que han pasado. Me gustaría que expresaras de algún modo los sentimientos que has experimentado en este tiempo al ver, por una parte, que no dejabas de escribir, que te salía la escritura; por otra, que el número creciente de lectores daba fe de tu buena escritura. No debías de esperar necesariamente eso en ese diciembre de hace cuarenta años. Cuéntanos un poco, lo que sientes, por favor.

Me parece un milagro. Eso. No me puedo explicar, cuando acabo algo, que vuelva a ocurrírseme algo más, diferente. Pero, sin embargo, reverdeces, se te ocurre esa otra cosa. En eso no he perdido nada. Otras cosas he perdido en la vida, pero no la capacidad de enfrentarme a una nueva historia, de inventar algo dejándome llevar por el ritmo de la propia historia, que tiene su ritmo, desde luego. Son cuarenta años, con la misma ilusión de hace cuarenta años.

Hay tres tipos de satisfacción. Una es la de cuando escribes. A mí lo que me gusta es escribir. No manejo el tema hasta que lo tengo bien cogido. Con mis notas, mis apuntes, y mi memoria compongo ese tema. Ya sabes cómo aludo en mis textos a coser, a los hilos, a ese quitar y poner las cosas, a componerlas... No contarle todo de golpe, eso es lo esencial para mantener el interés del lector...

Otra es la satisfacción de la crítica que se te hace. Las leo y las recibo bien. Unas veces, pienso que no se han fijado en algo a lo que yo concedo importancia, pero otras veces veo que los críticos han hecho puntualizaciones que me sorprenden por lo atinadas, a veces notan cosas que yo no veía del mismo modo, y que están bien. De hecho, el libro ya está en manos de los demás. Y es el momento del trabajo de los críticos.

Otra satisfacción es la que da el lector. Constató que le gusto a bastante gente, no voy a decir otra cosa. Y no me ven como una escritora que haya tirado la toalla, una escritora consagrada. Esta gratificación de la venta, digamos, no lo es en sí misma, si uno no está contento consigo mismo. Lo que he hecho lo he hecho lo mejor que he sabido. Con la limitación que tenga en los temas, porque escribo de lo que conozco, y tampoco tengo demasiada tendencia a explicar cómo hago lo que hago. El lector ya lo entenderá. Por eso matizo la realidad, y no doy toda la información de golpe. Me satisface que el lector valore que lea poniendo de su parte.

He vivido los cuarenta años con la suerte de poder hacer lo que me gusta, escribir, y con la suerte de que lo que escribo les gusta a mis lectores, y alienta a los críticos. Lo veo como un milagro.

Te agradezco que hayas querido conceder esta entrevista para *Espéculo*. Se recibirá en un nuevo soporte, la pantalla, y los lectores seguirán teniendo una imagen cercana de Carmen Martín Gaité.

Fontes:

http://www.elpais.com/articulo/narrativa/Volver/Carmina/elpepuculbab/20080628elpbabnar_5/Tes

<http://www2.ups.edu/faculty/velez/480/html/martin/martin04.htm>

<http://www.diagonalperiodico.net/Carmen-Martin-Gaite-la-literatura.html>

<http://www2.ups.edu/faculty/velez/480/html/martin/martin01.htm>

Para saber más:

<http://biblioteca.unex.es/tesis/978-84-7723-890-4.pdf> (Realidad y ficción en la obra de Carmen Martín Gaité – Tesis doctoral)

Biblioteca Central Rialeda
Avenida Rosalía de Castro 227 A
15172 – Perillo (Oleiros)
Tfno.: 981 639 511
Fax: 981 639 996

Email: biblioteca.rialeda@oleiros.org

Blog: <http://bibliotecasoleiros.blogspot.com/>